

# **LOS ECOS DE LA DISPERSION**

**\* Marco Antonio Mejía T.**

## **LOS ECOS DE LA DISPERSION**

**\*Lic. Marco A. Mejía**

El autor describe la concepción europea sobre América durante la conquista por medio de una revisión de la literatura acerca del descubrimiento de América, la producción literaria y el colorido conjunto de leyendas de la época.

Este texto es una búsqueda de las raíces de lo que podría perfilarse como una concepción propia sobre América Latina.

## **THE ECHOES OF DISPERSION**

The author describes Europeans conception on America during the conquest through a review of literature about the discovery of America, the literary production, and the colorful set of related legends.

This text is a search for the roots of Latin American self conception profiles.

“La conquista del país señaló la ruina de su cultura, de la cual conservamos noticias; pero se reducen a hacernos saber que se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea. En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos pero estas fieras aunque poseen parecido notable con las formas del viejo mundo, son sin embargo en todos los sentidos más pequeñas, más impotentes”.

**GUILLERMO FEDERICO HEGEL. “Lecciones sobre la Filosofía de la Historia”**

La innegable presencia de Hegel sobre el espíritu europeo culminó con un vuelco a la Filosofía. No en vano a pasos agigantados algunos de sus discípulos llegaron también a colocarse al lado izquierdo de sus tesis. Las grandes inversiones comenzaban con Hegel y continuarían más allá de él. La sabiduría hegeliana, no tuvo límites, pero sí informaciones limitadas: América estaba en su concepto como la niñez del espíritu (1). Lo indígena (aún en el caso de que el exterminio no se hubiese dado), el mero contacto con una cultura pensada como superior, llegaría a su fin. ¿Será posible? Responderíamos a Hegel con la explicación del calendario Azteca, el templo de los guerreros de Chichen Itzá o la solidez del estado Inca, pero a ningún

Europeo le estaba dado un conocimiento de nuestras culturas que aún para nosotros nos toca como extraña. Nuestros pueblos fueron conquistados y eso bien lo supo Hegel, no defendió la muerte de la espada, pero aceptó como conveniente el trato religioso de las corporaciones por inclulcarles el sentido de la moralidad europea y guiarlos a la naturaleza de los actos humanos como el erotismo que según oyó decir Hegel, los indígenas olvidaban, pues a "media noche un fraile tocaba una campana para recordar a los indígenas sus deberes conyugales". Quizás toque pensar en la ingenuidad europea, porque esa anécdota no cabe en nuestra realidad histórica. El caso es que la pobreza de tal concepto sobre nuestros antepasados aborígenes se aúna al de que la lucha por la independencia tuvo la dirección exclusiva de los criollos, a los que la mezcla de sangre europea los impulsaba hacia el anhelo de la libertad. En el indígena puro no se eleva tal sentimiento. Asombroso, pero el sentido de unidad que los llevó a ser confederaciones indígenas y en los que se fundamentó el enfrentamiento contra los españoles, ya no podía establecerse: un ejército de indígenas, de por lo menos 70 millones, quedaba reducido en unos millones. Perecieron en la conquista, en la esclavización de los trabajos, en las enfermedades que multiplicadas como plagas trajeron los invasores (2). Asombroso sí, pero su sangre, aunque Hegel no lo crea, también batallaba en las manos criollas, era más bien esta sangre y no la de vertiente europea la que reclamaba el

concepto de libertad.

América entró a Europa despertando las más excéntricas ideas. El continente formó parte de las tesis naturalistas que concibieron un mundo inferior y salvaje. Más allá del Atlántico la imaginación sin fundamentos creó otra América que no era la nuestra: una naturaleza baja en sus animales y en sus hombres, una geografía sin forma, una historia sin cabeza, un clima peligroso como un dardo, esto y muchas cosas más, venían de boca de los navegantes y se apuntaban sin certeza en las crónicas. Encontramos ahí la fuente de los intelectuales europeos y sobre ella postulaban sus tesis. El resultado se cargó de intenciones. El naturalista Buffon (3) describió en sus obras un mundo débil, de leones que no eran leones, o de elefantes de bolsillo. Hasta los animales foráneos sufrieron una degradación sin precedentes, perdieron sabor, estatura y belleza ¿Qué se podría esperar de un continente que carecía de un potencial de fieras y albergaba por el contrario, insectos gigantescos, serpientes peligrosas y sapos venenosos? Aún más, los hombres salvajes y nativos absorbidos por lo pantanoso de los climas son frígidos y fríos sexualmente, así que el continente americano circulaba en Europa como el reflejo de la impotencia y de la debilidad, un mundo negado a los atributos de la naturaleza.

En los inicios del descubrimiento, los europeos navegaban con el anhelo de en-

contrar un mundo paradisíaco en donde las frutas rivalizaban con las joyas. Todo este anhelo se hubiera desvanecido si en la penetración por el continente los conquistadores no hallaran más que una naturaleza inferior de hombres desnudos, pantanos y mosquitos. Pero se confabularon otros signos en los que los metales preciosos llevaron a atrevidas incursiones al interior de nuestras tierras: la presencia de pequeños adornos de oro en indígenas que no laboraban la orfebrería hizo pensar en una vasta ciudad que se convirtió en Leyenda y que el paso por el imperio Azteca e Inca la fundamentó mucho más. La ciudad de oro se clavó en la ambición de los españoles, su búsqueda alcanzó las magnitudes de una frenética aventura. Lope de Aguirre el excéntrico capitán que se rebeló desde las selvas amazónicas contra la corona de su Majestad y se llamó a sí mismo "La Ira de Dios", logró salir al Atlántico navegando por el Amazonas. La correría que buscaba el Dorado por el Amazonas sirvió de escenario a inigualables intrigas, mandó a asesinar a los que no le eran fieles, sostuvo relaciones con su hija, a la que asesinó después porque no soportaba verla víctima de las fiebres maláricas, llevó a la muerte a todos sus soldados y, absolutamente solitario, sostenido por su febril locura, desembarcó al Atlántico (4). Desde lo que es hoy el Ecuador dirigió revueltas que fracasaron con su captura, su cuerpo fue despedazado y exhibido como ejemplo de cualquier destino encaminado a la rebeldía.

El oro y los tesoros encontrados

fueron agotados rápidamente: las minas se abrieron, la tierra fue socavada, los manantiales fueron agotados. Hacia el siglo XVIII la explotación se ordeñaba a sí misma. La belleza del mar Caribe descrita por Colón, la imponencia de la vegetación que soñó Américo Vespucio dió paso a conocimientos que tergiversaron la primera belleza. Para los intelectuales del siglo XVIII América (ya pobre y rota por la acción europea) era objeto de estudio: el material más completo sobre todo signo de inferioridad tenía su fuente en América. El continente del sol que antes manaba oro, era ahora la pobre imagen de lo imperfecto, la antítesis de la grandeza europea, grandeza que debe su desarrollo económico al saqueo de las tierras americanas (5).

En dos siglos América fue conceptualmente demasiadas cosas. Vino del pasado la confirmación de tesis que ya parecían olvidadas: el clima se parece a los hombres (ya Platón y Aristóteles sostenían afirmaciones sobre la fuerza, el ingenio o la inteligencia según las regiones o el clima); la latitud, la mañana, la dirección del viento, la posición de una estrella, tenían en épocas anteriores una notable influencia sobre el ser de los hombres. Sir Gawain, personaje perteneciente a los caballeros de la mesa redonda del Rey Arturo, era el más aguerrido combatiente en la mañana. Su poder y su fuerza declinaban al iniciarse la tarde. Ahora en una nueva configuración se afirmaba a cuatro costados que los hombres del trópico eran, por consecuencia del clima, obviamente inferiores. En los panta-

nos se crían almas pantanosas y en las grandes iglesias la población del cielo. La diferencia es abismal. América era algo así como lo empezado-inacabado, el pro-hombre y la pro-tierra que nunca llegarían a ser lo completo. Voltaire se ríe del salvaje americano, Raynal los degrada, Marmotell los compadece, De Pauw, el irreverente abate afrancesado, señala en América una aberrante degeneración, una interminable corrupción y una degeneración constante. En América todo es atravesado, las montañas tienen la dirección de Sur a Norte y no de Este a Oeste como las cadenas europeas; no hay una paridad en el clima, pues en poco tiempo y en cortos tramos se pasa de un clima altamente frío a uno desesperadamente cálido, y por si fuera poco muchas de sus grandes ciudades han sido construidas en zonas altamente telúricas.

La visión no era única o determinante. De por medio se escapaban fantasías mejores. El punto de partida puede ser el anecdotario real o exagerado de los cronistas. En su "Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España", Bernal Díaz del Castillo, cuenta el embeleso de sus compañeros al contemplar por vez primera a Tenochtitlán, la capital azteca: ante sus ojos la ciudad conjugaba espléndidamente el asentamiento en los islotes y el movimiento de canoas, resaltado en una inmensa laguna azul, jardines y blancos edificios. Los jardines flotaban en las orillas y la ciudad se asentaba blanca en calzadas, templos, puentes movedizos y santuarios. En esa

ciudad de campesinos y orfebres, guerreros y sacerdotes, el palacio de Montezuma albergó el mito de un gran tesoro que parece fue hundido en el centro de la laguna poco antes de la derrota de Tenochtitlán. La ciudad parecía un sueño para los ambiciosos ojos de los españoles. No menos portentosa y deslumbrante era la capital Inca que regía un extenso imperio de gran organización social y económica, según la narración de Juan de Betanzos, "Suma y narración de los Incas", el Cuzco surgió de un terreno cenagozo que por obra de Atahualpa se convierte en la resplandeciente ciudad del sol. Pizarro y sus hombres contemplaron admirados la ciudad de Cuzco y creyeron encontrar allí la soñada ciudad de oro. La imagen de aquellas ciudades creó otras inexistentes muchos más fabulosas, que fueron a boca de viajeros más imaginativos que aventureros. Los terrenos inexplorados se prestaron para crear en lo inaccesible de los límites, aquellas ciudades de oro y miel. En ellas poblaron habitantes míticos, incluso gigantes que Américo Vespucio describió, en sus diarios de viajes y cuya existencia fue rectificada en La Historia Natural y Moral de las Indias del padre José de Acosta. Tener gigantes en la tradición cultural pasada era uno de los mayores lujos de occidente. La Mitología Celta y Germánica narra las luchas de los gigantes contra sus héroes, en especial Thor el más encarnizado enemigo de los Trolls. Los gigantes no eran de todas maneras ni lo más astuto, ni lo más desarrollado de los seres primeros, pero Buffon consideraba el gigantismo como un es-

tado perfecto de cualquier especie (menos de los insectos), así que era importantísimo demostrar la inexistencia de gigantes en el continente americano. La realidad y la exageración se encargaron de hacerlo: No había, ni hubo gigantes en América. No había ni hubo ciudades fabulosas en América, a no ser aquellas que anacrónicamente surgieron como una fantasía delirante de la explotación del oro y de la plata: Potosí y La Villa Rica de Ouro Preto, las ciudades más ricas del mundo en la época de la Colonia. Hoy esas mismas ciudades que se prestaron para las más excéntricas obras son lánguidos fantasmas de la pobreza latinoamericana (6).

Antonio José Pernnety (7), el monje benedictino y uno de los más grandes aliados del extraño Swenderborg, que conversaba con los ángeles en las calles, se encargó de defender al salvaje americano y replicando a De Pauw en virtud de sus viajes por América, reivindicó la labor artesanal de los pueblos americanos y su calidad humana asentada en la ternura. Su apología es a la vez una crítica a aquella Europa que tantas veces contrarió sus abiertas tesis, causante incluso de sus exilios y persecuciones. No es de extrañar Pernnety de vocación poética y mística soñó inspirado por el paisaje americano con una naturaleza original que penetró en su alma. Roubaud sugirió la esperanza de Una Gran América libre de las metrópolis que las controlaban y Galiani aseguró el levantamiento de los pueblos golpeados. América se movía en el trampolín de los conceptos

a pesar de ella misma. La defensa de algunos europeos le era ajena, en su interior el continente cavilaba en sus propios problemas, no podía entrar a la discusión a menos que su destino histórico variara. La imagen del continente alcanzó tema en los rincones provincianos de Europa. El filme de Daniel Vigne, "El regreso de Martín Guerre", visualiza una crónica de principios del Renacimiento, escrita por un consejero del parlamento de Tolouse que fue ahorcado por sus convicciones protestantes. La historia narra la usurpación de un extranjero que toma el nombre de Martín Guerre asumiendo su identidad. El impostor era un soldado francés que estuvo en la guerra en Picardía. En algún momento Guerre relata que ha visto cosas maravillosas, entre ellas dos indios americanos que tenían penachos y andaban desnudos. Sorprendidos por la historia y tratando de desbordar la imaginación, Bernardette su mujer, le pregunta que si tales indios tenían alma, que si eran criaturas de Dios. Apreciaciones como ésta recorrieron la conversación cotidiana europea hasta convertirse en una cuestión teológica de contradictoria discusión. Hombres desnudos que sacrificaban víctimas en honor a horripilantes dioses no podían ser humanos, así que las cifras resultantes de las masacres durante la conquista quedaban justificadas. La crueldad no borró las conciencias: el deber cristiano era el de catequizar y no el de justificar la muerte, así que con el tiempo una Bula Papal reconoció que los indios sí tenían alma, formaban parte del séquito

a redimir, pero evadiendo la Bula que fue promulgada por Paulo III en 1557, la duda persistió o al menos eso parece indicar el yugo al que fueron sometidos los indígenas en las minas o en su condición de bestias de carga. Para el tiempo de la discusión sobre la naturaleza del continente americano y las diatribas de Buffon y De Pauw, aún había quien cuestionara la escala humana de los aborígenes. Era incluso demasiado reconocer en el mestizo la lucha que en su sangre sostenían Dios y el Diablo.

El centro del mundo era ahora Europa. Las huellas de Atila se borraron bajo la hierba, la consolidación de occidente revivió la antigua organización de la democracia Platónica. La idea de la burguesía de un destino igual trasegaba el poder feudal ya en plena decadencia. La nutriente explotación de América fortificó el mundo moderno europeo, pero a la vez el acelerado progreso que asistía a las mayorías de los países acentuó una crisis de valores. Poco a poco el nihilismo se ganaba el terreno de occidente. Ante la presencia de una oscuridad, el mundo europeo se sostenía y se afirmaba en la negación del continente que lo amamantaba. Negar el advenimiento de América, imposibilitarlo teóricamente, desvirtuarlo históricamente era la más apropiada forma de combatir la sospecha de que la dirección del mundo se centrara cardinalmente en el continente americano.

El nuevo mundo era en efecto el principio de lo nuevo, también sobre el se po-

día idealizar. Las grandes utopías del renacimiento aludían en sus descripciones a un mundo natural paradisíaco, cuya ubicación era más cercana a América que a cualquier otra parte del mundo. Moro, inventor de la palabra Utopía, cuya significación era "no hay tal lugar", alcanzó a apropiarse de la posibilidad de un mundo feliz que se arrinconaba en los reatos y leyendas sobre el nuevo mundo. América fue para muchos la idealización de un anhelo, allá estaba el mañana. El extraordinario poeta inglés William Blake que de niño tuvo visiones proféticas, visualizó en su obra "América", la gigantesca insurrección que bajo figuras apocalípticas representaban el triunfo de la libertad americana.

La tematización literaria sobre el continente americano no fue una estética de lo peor, aunque poetas como Keats hayan pensado en el horror de "monstruosa y odiada tierra" donde por primera vez la naturaleza parece equivocada (8), y Leopardi temeroso del destino humano vea la reducción de un espíritu como el americano extenderse por todos los rincones de la tierra: la rata de la decadencia desplegando su peste por el mundo. Y aún con todo ese decir no nos arrebataron la gracia: no le faltó a Goethe (9) señalar la esperanza americana y no le faltaron ganas a miles de inmigrantes europeos que a partir del siglo XIX albergaban, dejando su patria atrás, el olor de una esperanza en la nueva tierra. El auge del mundo Norteamericano se convirtió en un mito, en un símbolo universal. A



la vuelta de la esquina el mundo roto pagaba caro la imagen de un continente que en tan pocos siglos alcanzaba una polémica solidez. Eso mismo despertó también una intuitiva desconfianza. En 1885 anotaba Nietzsche en su filosofía general: "Los norteamericanos se desgastan fácil: quizá su futuro poderío mundial es sólo aparente". Las menciones literarias y los pretendidos estudios que desde cualquier disciplina se hicieron sobre América más parecen un museo de curiosidades que un acierto sobre nuestra realidad y aún así, con esa puntería para la equivocación, ese pensamiento penetró de muchas maneras en nosotros. La influencia es innegable, el marco de referencia y el horizonte de toda mirada era Europa.

La conquista borró de muchos modos el pasado, la colonia oficializó la cultura occidental. América era así mismo mirada desde el retrato que aquí se hacía del antiguo continente. Falsa apreciación de los unos y los otros: la imitación no se limitaba al cuadro de un hombre arrodillado ante un altar, o a la pobreza de una literatura de costumbres. La rebeldía era mucho más imitable y Europa no gozaba de aquello que llamamos Paz. La palabra libertad que aquí tan huecamente sonaba, tomaba la forma de un juego peligroso. La historia confabulaba situaciones específicas que habrían de disolver las fábulas europeas sobre el Continente (a pesar de que la fobia contra América no se detenía) y en medio de palabras y contextos literarios o presunta-

mente filosóficos, la rabia vecinaba un momento crucial.

Belleza o espanto, paraíso o infierno, lo uno o lo otro que se apuntaba en la disputa concernía por lo general a una discusión meramente europea. Al tanto, el continente americano experimentaba aceleradamente una serie de cambios que definían su rumbo. El establecimiento de la Colonia bajo la regencia de su mayoría española, conoció la oposición de aquellos que sintieron el llamado de la tierra: los criollos o españoles nacidos en nuestro continente. ¿Les acosaba acaso la dura apreciación de que nacer en esta tierra era un síntoma de interioridad? Acaso sí y por ello querían demostrar lo contrario. Muchos de ellos cifraron sus ideales en América. No importaba el hecho de que fueran españoles de origen, importaba la experiencia con este nuevo mundo, la circunstancia trascendental de conocer el vivir y el morir en estos lugares de la tierra, la tenacidad de los colonos de tierras que se enfrentaron a una naturaleza inhóspita, el entusiasmo por desarrollar formas culturales propias y regirse políticamente de acuerdo con las condiciones locales.

Primeramente les tocó encarar a los Jesuítas, (luego de su expulsión de los dominios españoles), la imagen vivida. Nadie más que ellos para informar con fundamento el paisaje del trópico, el comportamiento de los nativos y la asimilación de la cultura que los Jesuítas impartían. El conoci-

do caso de la socialización de los Guaraníes, las incursiones más allá de las cataratas del Iguazú, el resplandor del verde en la selva tropical y el despertar acompasado por los himnos de miles de pájaros, son parte de una nostalgia que no podía admitir las tergiversaciones imaginadas de los naturalistas europeos. No sólo eso. También fue honor y orgullo de los criollos hacerse ver a través de sus opiniones, asumiendo la defensa del territorio y del paisaje. El primero de ellos fue Juan Vicente de Guemes, Conde de Revillagigedo, Virrey de México que tuvo la oportunidad de declarar personalmente en un recorrido por Europa la prodigalidad del nuevo mundo. Opinión de conde es cosa que pica en los oídos y fastidia la imagen que con presunción científica alegaba De Pauw. Los intelectuales americanos tomaron la pluma y hablaron con cariño del beneficio del clima, de la bondad de la tierra, de la estética geográfica y de su futuro histórico. Nombres como los de Moxó, Caldas, Dávalos y otros más se encargaron de las réplicas regionales contra las difamaciones sobre nuestro continente. Con agudeza escribía el colombiano Diego Martín Tanco en una carta a Francisco José de Caldas, que “en todos los países el amor es una zona tórrida para el corazón del hombre”. No era tarea de nuestros apolo-gistas profundizar la cuestión y menos universalizarla. La modestia de un periódico local o de una impresión nacional no se enfrentaría a Europa. De todas formas la reacción alimentaba el creciente nacionalismo que por entonces se desataba en el

Continente.

Desde la conquista hasta la Colonia, España se hizo a la idea de que cumplía con una misión histórica. Su dominio sobre el nuevo mundo era el curso de esa interpretación, pero el hilo se rompió. Internamente España arraigada en un feudalismo caduco no podía controlar su dominio más allá del océano. La historia le dió la espalda. La revolución Francesa de 1789, hería mortalmente en el gobierno del rey su tradición de derecho divino; la ideología de su revolución cogió eco en muchas partes. En la nueva Granada, un exportador de Quina llamado Antonio Nariño, tradujo los Derechos del Hombre, rompiendo el cerco informativo que España había puesto sobre el por entonces convulsionado mundo europeo. El Antiguo Continente aportó ideologías que los criollos asumieron, los movimientos de independencia fueron saludados por las fuerzas más progresistas de Europa, pero otros tacharon de inmadurez a aquella explosión espontánea que llevaría a la ruina al Continente Americano. ¡Griticos ! Exclamaba ufano el estratega y sanguinario Pablo Morillo. (10).

La ruta que tomaba el mundo Americano a través de la guerra, la colocaba en los linderos de la historia. La tesis hegeliana de la lucha a muerte entre el amo y el esclavo alcanzaba aquí su concepto: el siervo es siervo hasta que no luche por su libertad. América buscaba su reconocimien-

to de estado y su reconocimiento de autonomía en los laberintos del sacrificio, la sangre se convirtió en la virtud de la independencia, la lucha por el reconocimiento la sostuvo hasta que el mundo entero aceptara el ser Americano como perteneciente a la historia Universal.

El enanismo y la pasividad sostenida en la Colonia se tornó (Magia de qué?) una esfera al revés: si el mundo era redondo, América quedaba en el cuadrado. La lucha vista por sí sola no representaba nada, sortilegio del temor y de pensar que en el nuevo Continente estaba el mañana. España perdió, pero el mundo europeo seguía la discusión. Ni los pro, ni los contra hacían favor alguno. La experiencia Kantiana sobre América (puramente referencial), es un juicio que no trasciende ni para él, ni para nosotros: el sujeto trascendental tan sutilmente escondido por Kant entre las líneas de la crítica, no podía ser un salvaje. La letra entraba en América como una imagen de la sangre. Los movimientos de independencia pretendían demostrar (no a manera de contestación) una afirmación en la dirección histórica que a nuestras naciones les correspondía. Así se acercó a sí misma. Otro olor tenía el Continente, al menos en un olfato así, Inglaterra conquistó los mercados suramericanos y desató su influencia sobre los gobiernos nacientes. Extraña cosa durante el siglo XIX, el mundo se volcó para monopolizar la ruta del que en el pasado fuera un continente liliputiense. Los enanos americanos habían

mejorado su estatura, el paisaje se volvió ensueño y paraíso como en otro tiempo lo viera Colón, la fauna fue pródiga y rica e incluso excelente material científico. Así pudo Darwin servirse en las Islas Galápagos, de un exclusivo material que fundamentaba su teoría.

La virtud de América fue exaltada pródigamente por un atrevido naturalista, que se empecinó en recorrer el Continente. Aún allí, en regiones escasamente exploradas, el nombre de Alexander Von Humboldt (11), entraña una noble visión y una respuesta enfática contra las caóticas descripciones que en el pasado envolvían la imagen Americana. El color estalló en sus descripciones, una geografía desafiante de alucinada belleza llamaba a una apropiación del espíritu. En lo que es hoy el corregimiento de Coredó (Chocó), tristemente expropiada por los grandes traficantes del “polvo blanco”, Humboldt creyó caer bajo la fiebre malárica. Falsa alarma. Su estado febril era puro embelesamiento en la contemplación de la bahía que hoy lleva su nombre.

La América de Humboldt no fue solamente un paisaje para los ojos. Interpretó la afinidad del espíritu americano con el paisaje, la alianza del hombre y la naturaleza, fundada en el diálogo que el hombre americano entablaba con la tierra en la que se asentó su pasado aborígen y en la que sembraba la historia por venir.

Nuestro tiempo y nuestra historia, que aparentemente marchaba a la tangente del mundo, era constantemente vigilada. Nuestra posibilidad de ser sólo era pensada por y desde la cultura europea. Hegel lo afirmaba enfáticamente: "Todo cuanto sucede en América tiene su origen en Europa". Tal convicción no está lejos de la realidad, pero no con la absolutez con que Hegel lo pensaba. Es lugar común el afirmar en la actualidad la gran herencia europea y la luz de la cultura que puso en nuestro mundo. Cuando esto se escucha es bueno levantar de por medio todas las imágenes que desde el siglo XVI al XIX, se cernieron conceptualmente sobre el Continente. Parece que sólo ahora nos recoge el eco de la cultura. Ante la frase de Hegel, acercamos una pregunta: ¿Qué era lo que sucedía en América que tenía su origen en Europa? La respuesta implica una separación entre lo heredado y nuestra identidad. Es esta última la que ha de quebrar lo absoluto de la afirmación Hegeliana. Nuestra identidad ha sido negada y eso parece reiterarse en el conjunto de apreciaciones aquí señaladas. El sostenimiento de la negación no ha terminado. Una dispersión de indole histórica se acusa en el destino de nuestros pueblos. La dirección política, la anacronía de la base socio-económica, el socavamiento de la cultura, la penetración y el acecho foráneo, en fin, la experiencia de nuestros países en los modelos de desarrollo occidental, colocándonos a la zaga del avance mundial y entrando vertiginosamente al espectáculo contemporáneo en el que las raíces del pasado parecen nutrirse

por el olvido. Los resultados de todo esto (que pueden ser medibles desde lo complejo de las problemáticas mismas) nos colocan en este aquí y en este ahora, participando de la reflexión que se asoma en los espíritus de los más avisados: atender desde nuestra circunstancia histórica a un pensar en el que el objeto de lo pensado sea el abrirse de nuestro ser en el espacio geográfico cultural de América Latina. Es esto lo que conceptuamos como identidad. La identidad es una unidad viviente que agrupa sectores heterogéneos y los moviliza en torno a sí. Al pensar en identidad Latinoamericana, se nos antoja creer en esa unidad viviente que a la vez que nos iguala nos deja ser en nuestro propio ámbito.

Con América Latina se nombra una extensión continental que agrupa a los que García Márquez definió como los "hijos de la soledad". La fragmentación de nuestros países, su dispersión, son producto de una consecuencia histórica en la que perdura más de una herida y en ella cada país ha experimentado como en un hilo de la carne su dolor. Enteramente no estamos rotos. Ahora cuando las más inquietas generaciones reflexionan sobre el pasado, se reclama con lo pensado una filiación que a todos nos convoca. De alguna manera somos hijos del sol y esa paternidad mítica ha de valer como la experiencia de una imagen, un signo de nuestra pertenencia, intrasferible y localizable en nuestra identidad.

Los ecos de la Dispersión desatan la mudez : no estamos determinados en la conceptualización historio-biográfica que occidente ha clavado sobre América. Tampoco se ha dado por nuestra parte la penetración en la esfera donde la imagen nos anuncia. Es por ese advenimiento que la presente reflexión se motiva: el haz de una presencia en cuya constancia nuestro espacio esencializa el peculiar estar americano, devora el lenguaje que nos ha negado. La autenticidad de nuestro ser no ha caído por imitación. Abisma solamente en un gran olvido y el recuerdo del continente que agoniza en la muerte de sus dioses nos

devuelve el primigenio impulso de la memoria. Ahora nos corresponde ser fieles a la mutua complicidad. Es esta una verdad que nos afirma y el compartirla disminuye lo creciente del abismo. Tal complicidad nos muestra (para ejemplificar un caso que hoy sorprende al mundo) una generación de escritores portadores de la dirección de la literatura. Entre Estocolmo y Macondo, el laberinto y los sueños de imaginarias ciudades no huyen de nuestra geografía. Ciudadanos de la ficción disuelven la dispersión. La doble negación devuelve el eco y la condición de una magia formula la metáfora de nuestra identidad.

## REFERENCIAS

1. En las lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal, Hegel desarrolla en el capítulo "La Conexión de la Naturaleza" sus ideas sobre el continente americano. En el apartado El Nuevo Mundo, insinúa Hegel la inmadurez americana. Hegel no visitó nunca el continente por lo tanto su información aunque él no las cita, proviene de la difusión que los naturalistas europeos conceptualizaron sobre el nuevo mundo, casi todas ellas sostenidas en la tesis de una inferioridad evidente.
2. Según Darcy Ribeiro, en "las Américas y la civilización", tomo I, se hace un recuento de las causas de extinción indígena, afirmando incluso que un alto porcentaje que podía sobrepasar a la mitad de la población pereció por el contacto con los europeos.
3. Los conceptos que en la investigación se aluden son tomados del excelente libro de Antonello Gerbi: La Disputa del Nuevo Mundo, en su segunda edición, corregida y aumentada en 1982 por el Fondo de Cultura Económica. Con peculiar sagacidad Gerbi entabla la disputa que desde la ilustración hasta Hegel diatriba sobre el continente Americano. Al respecto sólo aludo a las conceptualizaciones claves, especialmente las de Buffon y De Pauw; el mismo libro de Gerbi me ha llevado a consultar fuentes directas en el caso de Humboldt, Goethe, Keats y Blake.
4. Aguirre ha cobrado en la actualidad una extraña vigencia como personaje. El director Alemán Werner Herzog conoció el éxito con su film: "Aguirre la Ira de Dios". Actualmente el director español Carlos Saura realiza una película en Centro-América basada en la vida de Aguirre. Ramón J. Sender escribió una novela de corte histórico: La Aventura Equinoccial de Lope de Aguirre.
5. Tal afirmación es recalcada por Eduardo Galeano: Las Venas Abiertas de América Latina. Citando a Marx y a Ernest Mandell, Galeano sostiene que "Los metales arrebatados a los nuevos dominios estimularon el desarrollo económico europeo y hasta puede decirse que lo hicieron posible".
6. Dice Eduardo Galeano en la obra anteriormente citada: "Para las celebraciones del Cophus Cristi, las calles de la ciudad fueron desempedradas, desde la matriz hasta la iglesia de Recoletos, y totalmente cubierta con barras de plata". Se refiere Galeano a Potosí una de las ciudades más ricas del mundo en el Imperio de la colonia Española y hoy "una pobre ciudad de la pobre Bolivia". Galeano sostiene con ejemplos la tesis de André Gunder Frank: "Las regiones hoy más signadas por el subdesarrollo y la pobreza son aquellas que en el pasado han tenido lazos más estrechos con la metrpoli y han disfrutado de períodos de auge". En nuestro medio, Santa Fé de Antioquia puede darnos una imagen de lo que esto representa: en las calles y paredes blancas la

pobreza sobrevive como una mancha del pasado.

Más adelante Galeano cita una curiosa anécdota con relación a Ouro Preto: "Una esclava mulata, Francisca de Silava, conquistó su libertad al convertirse en amante de un millonario: Joao Fernández de Oliveira, virtual soberano de Tijuco y ella, que ya era fea y ya tenía dos hijos se convirtió en la Xica que manda. Como nunca había visto el mar y quería tenerlo cerca, su caballero le construyó un gran lago artificial en el que puso un barco con tripulación y todo. Sobre las faldas de la tierra levantó para ella un castillo, con un jardín de plantas exóticas y cascadas artificiales; en su honor daba opíparos banquetes regados por los mejores vinos, bailes nocturnos de nunca acabar y funciones de teatro y conciertos".

7. Pernetty, Raubaud, Galiani son entre muchos, algunos de los defensores que Antonello Gerbi convoca para la disputa. No he pretendido para la exposición seguir un orden cronológico, ni tampoco un ordenamiento de la defensa o el ataque al continente. Eso lo encontrará con sobrada sutileza el lector de Gerbi. Utiliza a los unos y los otros, en un ir y volver anacrónico. Lo mismo sucede con los acontecimientos históricos. Se trata, pensémoslo así, de la construcción de una red de conceptos en cuyo centro está la intención de mi planeamiento: el problema de la identidad, a la zaga de ella los acontecimientos giran en la

telaraña.

8. En los versos a Fanny escribe Keats:

"Dónde aprenderé a conseguir de nueva la paz ? A barrer los pensamientos de esa tan odiada tierra, calabozo de mis amigos, esa malvada costa donde encallaron y vivieron como náufragos esa mostruosa región, donde corren aburridos ríos ... desposeídos de dioses de cabellos herbáceos ... cuyos viejos bosques, congelados, negros y ciegos, asustarían a una dríada; cuyos campos de ásperas hierbas hacen inclinarse al flaco y ambriento buey mientras come; sus flores malas no tienen perfume, los pájaros no trinan y la gran e infalible naturaleza parece una vez equivocada". (Traducción de Arturo Sánchez, en la edición de Visor Tomo II).

La discusión no puede ser de índole estética. El poeta quizás no describa intencionalmente un paisaje determinado. El caso es que hay quien afirma (Gerbi) que Keats sentía a su hermano establecido en América asediado por una tierra infame.

Es posible que un argumento así no sea válido o peque de excesiva sagacidad, pero el tono descriptivo concuerda con las apreciaciones que infamaban la tierra americana y es esto lo que permite la duda.

9. Dice la poesía de Goethe:

Tú América lo pasas mejor

que nuestro viejo Continente:  
ni tienes castillos en ruinas,  
ni tiene basaltos.

No te turban en lo interior,  
cuando es tiempo de vivir,  
las inútiles remembranzas,  
las contiendas vanas.

¡Gozad vuestra hora con fortuna!  
Y así dan en poetizar vuestros hijos,  
líbrelos el hado propicio  
de fábulas de hidalgos, bandidos y fantasmas”.

El poema fue consultado en las obras completas de Aguilar y confrontado con la traducción de Alfonso Reyes citada por Guerbi. Se ha transcrito ésta a la circunstancia que el autor alega sobre la tergiversación y el malentendido que los versos han suscitado.

10. Convencido de la inferioridad americana, Morillo se encargó de la reconquista Española de la Nueva Granada. Para él era la independencia un movimiento sin fundamento militar, cosa de plumas e intelectuales mal formados, de ahí su decisión de fusilar a todos los que conformaban el nicho pseudo-sabio de Santa Fé de Bogotá. Entre muchos de los que cayeron estaba Francisco José de Caldas, apologista del clima de la Nueva Granada y conocedor de la Tesis de De Pauw.

11. Humboldt fue uno de los más apasionados exploradores del continente Americano. Su visión y a la vez, refutación de Buffon y de De Pauw, se encuentran en “Ensayo sobre el Reino de la Nueva España”.